

red y saltase un enano con una llave en la mano para conducirme por un subterráneo al palacio de una dama encantada de singular hermosura, que me confiase el secreto de su libertad.

¡Silencio! Silencio de sepulcro.

Esa noche llovió á torrentes y fué imposible continuar el viaje. En la casa reinó el mismo singular silencio, y con regularidad de cronómetro me sirvieron, sin decirme palabra, sin que ni de lejos percibiese ruido alguno; sin saber cómo explicarme aquella estupefacta soledad.

En la noche anuncié á un criado que al día siguiente partía, y al amanecer todo estaba listo y, además, en una cajita había algunos obsequios con una tarjeta para mí.

Quise dar las gracias por la generosa hospitalidad, y no tuve á quién; salí de la hacienda, y la puerta se cerró sin ruido, siguiendo perplejo mi camino.

Jerez es una población preciosa del Estado de Zatecas; la alegría salta en sus verdes alrededores y la animación recorre sus calles amplias y sus casitas bajas, cuyos patios alegran profusas enredaderas, pájaros y flores.

Sin pérdida de tiempo me dirigí á la Administración de Tabacos, y comenzó mi visita.

El Administrador era un Sr. Cosío, muy inteligente y de reputación inmaculada. La familia era lo más fino y simpático del mundo. Sus cinco chicuelos eran como serafines, llenos de jovialidad y de gracia.

A pesar de la tirante gravedad de que procuré investirme, aquellas señoras y señoritas eran la amabilidad misma: los chicos me llevaban flores; las chicas refrescos. A la hora de comer, chicos y chicas, se colgaron á mi cuello, y no permitieron que fuera al mesón.

Fernando Calderón me había recomendado en la casa . . . Yo seguía inflexible en mi visita.

Por fortuna, las cuentas, los libros, las constancias de tabaco y caudales estaban muy en regla. Pero en descargo de mi conciencia, debo decir, que si así no hubiera sido. . . yo no sé qué barbaridad habría cometido antes de cubrir de duelo á aquella familia, que me era ya tiernamente querida. En resumidas cuentas, valgo un pito para esto de las persecuciones. . . y los golpes de energías. . . tratándose, sobre todo, de niños y mujeres.

Antes de despedirme de Jerez, quise dar una ojeada á la llanura que limita la Sierra de las Palomas, justamente encarecida por su belleza.

La llanura se tiende magnífica como un mar, formando por todas partes dilatados horizontes. Al Sur, la encrucijada serranía se liga con la Sierra de Villanueva, encontrándose las corrientes y formando un remolino gigantesco é imponente.

La Sierra de las Palomas limita la llanura; pero no formando muralla ni barranca, sino secciones separadas, como la formación por hileras de la tropa, ó más propiamente hablando, como los bastidores de un teatro. Cada una de esas divisiones paralelas es una ca-

ñada fertilísima que reúne encantos indecibles; aguas cristalinas que se despeñan de las alturas; árboles gigantes; enredaderas que flotan al viento; aves canoras; ardillas, liebres y conejos... oleros sombríos... deliciosas cambiantes de rayos de sol y sombras apacibles. Al descender el sol al Occidente, envía torrentes de luz por esas cañadas que se alientan, se estremecen, cantan, hablan y se entregan á todas las delicias del aura y de la luz, antes de decir sus adioses al padre del día.

Ese inmenso fondo de rayos reverberadores de sol; esa pompa exuberante de la vegetación; esas corrientes de luz en lechos de esmeralda; ese espectáculo sublime visto desde la llanura árida, silenciosa y muerta, forma un contraste que en vano quisiera hoy describir; pero que sí supe gozar, arrobado de admiración.

Volví á Zacatecas donde me esperaban mis amigos.

Al regresar de mi delicioso paseo á Jerez, me encontré con que preocupaba los ánimos, encendía las discusiones y despertaba mal dormidos odios, la actitud que tomaba el Congreso Constituyente, sin valerosa resistencia á las insinuaciones tiránicas de Santa-Anna, y la avidez con que se devoraba el *Siglo XIX*, periódico magistralmente escrito, de universal y merecida reputación.

Zacatecas era liberal hasta la médula de sus huesos; la Federación formaba su creencia íntima; D. Francisco García, hombre lleno de bondad, era su ídolo, y no perdonaba su desastre en los llanos de Guadalupe, obra de la fuerza brutal y de la ambición de Santa-Anna.

Tales antecedentes, unidos á la suspicacia y tenebrosas providencias del Gobernador y á desmanes de otros jefes, hacían que el descontento amontonara combustible, y que en México se viera con recelo lo que pasaba en Zacatecas.

La maledicencia ó la verdad pintaban á cierto general, que había metido la espada á un oficial, porque no quiso formar la guardia á su querida, querida que había quitado al marido, músico muy popular, á quien llamaban el *Pescadito* por su excesiva gordura.

Soto voce corría el rumor del arrendamiento de las casas de Moneda, venta de las Salinas del Peñón Blanco y otros negocios que se consideraban como desastrosos y como irritantes por los agentes que en ellos intervenían.

Sea de esto lo que fuera, el día de correo se esperaba con ansia el *Siglo*, y en cafés y tiendas, en zaguanes y plazas, veíase un hombre leyendo el periódico, en medio de una agrupación de gente, que se arrebatava con los discursos de Espinosa de los Monteros, de Pedraza, de Morales y de D. Luis de la Rosa, hijo del Estado y muy estimado por su talento clarísimo, su modestia y sus sentimientos humanos y generosos.

Sucedía frecuentemente, que entusiasmados los oyentes con los escritos del *Siglo*, me preguntaran sobre la vida y milagros; y yo, sea por vanidad de hombrearme con personas, sea porque así lo sentía, brotaba panegíricos, y ensalzaba entusiasta á los adalides de la libertad.

Un acto del Instituto en que se me descosió el chirumen en contra de la dictadura militar; una explicación con el Gobernador, que por milagro no me costó muy caro, y la espontánea protección, en aquella circunstancia, de personas de gran suposición, que pusieron á mi disposición favores y dinero.

Alguna de esas circunstancias ó todas juntas, en menos que canta un gallo, hicieron que se me separase del destino, con lo cual quedé con los lauros de víctima, pero en la bruja más tremenda y como acabado de salir de la escuela.

Así emprendí mi regreso á México, favorecido por los Sres. Cosío, D. Carlos del Hoyo y Fernando Calderón, inagotable en bondades para conmigo.

Para dar idea de la boga y de la estimación que gozaba en esa época *El Siglo XIX*, diré que en ese viaje tan dilatado y costoso que hice con familia, no gasté un solo centavo; por todas partes recibía agasajos y se daban por pagados con conocer á uno de los que, aunque en escala muy ínfima, formaban parte de aquella brillante redacción.

Hecho una lástima llegué á D. Ignacio Cumplido, quien me asignó quince pesos mensuales por dos artículos semanarios, y además siete pesos cuatro reales para el abono del teatro, quedando entendida mi obligación de hacer lo más que se me ordenase.

La redacción estaba espléndida: Pedraza, Morales, Otero y Luis de la Rosa llevaban la parte política. Cardoso se entendía, como él decía, con los cuitados

hijos de Apolo; Conejo D. Bonifacio, corregía pruebas y defectos de estilo y lenguaje, así como citas históricas, etc.; D. José M. Cabrera, notable por su erudición y buen juicio, Payno y yo éramos la parte cantante de esta compañía.

Fuera de la redacción, Cumplido, comunicativo y destrísimo para su negocio, tenía como consultores y amigos de su publicación á Rodríguez Puebla, Tornel, D. Luis Cuevas, Alamán y otras personas de diferentes matices políticos.

Cumplido, que era celosísimo de que nadie perdiera su tiempo, ni se divagase, ni parpadease, tenía á cada redactor en su cuarto, aislado, donde un curioso habría podido estudiar los caracteres de cada cual.

Pedraza escribía en actitud correctísima, con su sombrero al lado, sin más movimiento que el de su mano derecha; á distancia parecía una estatua.

Otero se ponía como de bruces sobre el escritorio, floja la corbata, desabotonados chaleco y pantalones, medio zafadas las botas; tenía siempre á mano dulces ó bizcochos, ó quesadillas ó muérdagos, porque era muy goloso.

Gustaba mucho del papel excelente, escribía una letra redonda y clarísima como grabada; y sus útiles, como reglas, compases, etc., eran de todo lujo.

En un lugar retirado del edificio, especie de pasadizo angosto y desmantelado, con puertas y ventanas cerradas, un velón ardiendo, una cafetera con la lámpara en acción, en angosta mesa de pino, se distinguía

á D. Luis de la Rosa, con su tez pálida, sus ojos grandes y llenos de dulzura, y su aspecto de indiferencia y abandono, vivo contraste con la firmeza de sus resoluciones, y su entereza para desafiar frente á frente la tiranía.

Payño vivía con el Sr. Cumplido, y escribía en las piezas que le tenía destinadas, en las que había figurines de moda, aperos de jinete, armas y libros, pomadas y licores, sin faltar, por supuesto, un gorro de Newton, unas despabiladeras de Sócrates, un ladrillo de Pompeya ni un chivo con dos cabezas ó una ardilla con cinco pies.

A mí me destinó el Sr. Cumplido una pieza en la azotea, que había reservado para la disección de aves, que hacía con perfección. Tal distinción se me hizo por mi fama de parlanchín y amigo de perder el tiempo, y por la manía de que no me he podido curar, de hablar en voz alta, gritar, llorar, reír y armar bulla cuando escribo; y esta manía era á tal punto notable, que las lavanderillas que tendían sus ropas en aquella azotea, bajaron un día despavoridas á participar al Sr. Cumplido que un loco se había metido al cuarto, y estaba armando una algarabía de dos mil demonios.

En cuanto á mí, la vista de que disfrutaba era espléndida, y la propia concurrencia de lavanderitas me solía dar tema para mis estudios de musa callejera, siempre que podía sustraerme á la vigilancia del Sr. D. Ignacio.

Y hago esta salvedad, porque no es concebible la

ubicuidad, la presencia ó aparición de Cumplido en todas partes: ya podaba sus macetas y regaba un jardín precioso que tenía en la azotea, y que abastecía M. Tunnel, que acababa de instalar el jardín llamado de San Francisco; ya se oía su voz en las caballerizas, regañando á los criados; aquí instruye cómo se vacía un cilindro de cola y acullá manda apretar los tornillos de una prensa; acude al escritorio á resolver una duda; socorre á una vieja; despide á un importuno; empuja al sastre; va á la habitación á advertir que tiene convidados á comer...

En la parte intelectual siempre había servidumbre, y siempre se resentía el escritor del poco crédito del oficio de vivir de la pluma.

Pero así, como así, no puede negarse que para un muchacho pobre, desconocido, objeto de desprecio en su colegio, con porvenir dudoso, con sueños de gloria, era una transformación deslumbradora la de ver su nombre en letras de molde, hombrearse con los próceres, ser invitado á banquetes y saraos, fallar sobre hombres públicos, abatir á un cómico, ensalzar á un torero, hacerse el oráculo de algunos imbéciles.

Se agravaba más esta situación, si un ministro le excitaba para una conferencia, le iniciaba en una conversación, le inspiraba un artículo de circunstancias y le ofrecía al descuido un empleo pingüe ó una curul.

Entonces el muchacho dejaba los libros para charlar de todo; no acudía á un consejero, sino á un sastre; daba de mano á la dulcinea de la casa de vecindad,

Era el Sr. Gral. Bustamante de mediana estatura, grueso pero esbelto, carirredondo, de ojos pequeños, frente ancha y cuadrada y los labios un tanto contraídos hacia adentro. Al andar ponía las puntas de los pies hacia afuera, comunicándole movimientos de garbo y zarandeo.

Hablaba como prolongando las palabras, y tenía la manía de darse con la palma de la mano golpecitos en el vientre.

Presentéme con cierto encogimiento á S. E.

—¿Qué hay, hombre?—me dijo—¿Qué se ofrece?

—Vengo al llamado de V. E.

—Vamos, amigo.... (después de examinarme un rato) ¿Realmente me cree Ud. ese gobernante cruel y descuidado de la instrucción pública?

Yo guardé silencio; pero no las tenía todas conmigo....

Como recordará el lector, el señor Presidente había trasladado su habitación al Convento de San Agustín y ocupaba la celda del Padre Provincial. En aquellos momentos de silencio oía de un modo extraño el rodar de los coches, los gritos de las vendimias de la calle, pero como quien está delante de un toro.

Al ver mi silencio, me dijo el Sr. Bustamante con suma dulzura:—Quiero que esto de Ud. sea como si hablase solo para oír toda la verdad: nada tema Ud.

Alentado entonces, le hablé todo lo que había retenido de mejor en las conversaciones de mi maestro; muy respetuoso, pero sin encogimiento; muy enérgico

pero sin insolencia. La sorpresa, la ira contenida, la sonrisa de benevolencia aparecían en su semblante...

Quando descendí á mi personalidad, no sé por qué se me vino á las mientes la musa jovial, y le pinté mis cuitas, mis suegros y amoríos: de modo que reíamos como dos colegiales y como si se tratara de confidencias picantes.

—Conque Ud.—me dijo—Ud. me cree ese Minotauro de que hablan los periódicos, y sin esperar respuesta gritó: ¡López! ¡López! (vino López.)

Este López era un negrazo alto, seco y pasudo, su asistente íntimo.

—Pone Ud. una cama en mi cuarto para el señor, Ud. le obedece y hace saber que se le obedece porque es como mi hijo (yo escuchaba asombrado) llame Ud. al Sr. Yari.

El Sr. Yari (griego de nacimiento) hombre muy serio, trigueño y semicalvo, era el secretario.—Presentóse.—Este joven (señalándome) queda aquí en la Secretaría á mis inmediatas órdenes y le da Ud. de lo mío cien pesos mensuales (como es natural, abrí tamañosojos); además, pone Ud. un acuerdo para que el Sr. Jiménez le nombre redactor del *Diario Oficial*, con la dotación asignada (ciento cincuenta pesos)..... Bueno! bueno, hombre, y me tendió la mano... Yo estaba anonadado queriendo llorar y hacer no sé cuantas barbaridades.

—¡López! López.. Vamos á almorzar, caballero... Yo estaba como soñando; salimos de la celda Pre-

Antes y después de este tiempo publicó una serie de panfletos sobre materias políticas que le dieron á conocer muy ventajosamente como escritor, y por los cuales sus enemigos le llamaron el Dr. Panfleto.

Pedraza conservó siempre amor profundísimo á Iturbide, y á mí me lo describió como personaje épico y sobrenatural, cuando una noche de luna, en la esquina del convento de San Agustín, que da á la entrada principal de la Iglesia, le comunicó su resolución de proclamar el plan, que después se llamó de Iguala.

Yo conocía de vista al Sr. Pedraza, y me llamaba la atención su aseo esmeradísimo, sus ojos azules, su nariz correcta, su boca recogida y graciosa, su patilla cercana al labio y su cabeza ligeramente ladeada. Cuando la erguía se le veía con hilos de canas que semejaban á las corrientes de humo de un volcán al extinguirse.

Repito que no tenía la honra de conocer al Sr. Pedraza.

Cuando volví de Zacatecas, y me amparó el *Siglo*, publiqué algunos versos y artículos con mi nombre.

Una mañana entró en mi casa (Corpus Christi número 2) un señor á caballo; ordené á un criado tuviese el animal; quitóse el caballero su sombrero de jipijapa y me dijo: Sr. D. Guillermo, aquí traigo á Ud. este medio de oro, de gala de su verso Estudie Ud. mucho y observe más.

Ofrecí asiento al caballero, sacó un purito delgado, lo encendió y me dijo: No hay duda, la poesía, la verdadera poesía, es luz del alma . . . Yo jamás he podido

hacer un verso . . . ni lo he intentado porque me conozco . . . entonces me habló de sus estudios sobre elocuencia, con tal entonación, con tal grandeza, que aunque recordaba algo de Cicerón, de Mirabeau y otros, me parecía como descoloridos comparados con la vida, la energía y la sublimidad que les comunicaba el gesto y la voz de aquel hombre.

Lleno de respeto y admiración, le pregunté su nombre.

—Manuel Gómez Pedraza, me contestó con la mayor sencillez.

Desde ese día no dejé de frecuentar al Sr. Pedraza, ni de recibir constantes testimonios de su fraternal cariño y honrosa amistad.

En épocas de su retraimiento sé inventaban rarezas de su carácter que yo no puedo acreditar.

Decíase que era tan severo en sus mandatos, que, habiendo ordenado á un criado, que cuanto encontrase sobre su cama lo diese á la lavandera, y habiendo dejado el Sr. Pedraza su *carriage*, capa valiosísima, el criado lo dió á lavar, y cuando volvió la cara el dueño, lo halló hecho una hojarasca.

Preguntando qué era aquello, se le contestó que el criado había cumplido sus órdenes, con cuya explicación no sólo quedó contento sino que gratificó al doméstico.

Contábase también, acerca de sus distracciones, que se le olvidó el día que estaba comprometido á casarse y que se le anduvo buscando para que se verificase la boda.

Fuí á la casa, anunciéme, estaba comiendo con su familia; dije que esperaba y un criado salió á instarme para que entrase.

A la cabecera de la mesa estaba el Sr. Gondra con un alto de periódicos á la izquierda que parecía destinados á leer á la vez que comía.

Era entonces el Sr. Gondra un hombre de unos cincuenta y cinco á sesenta años, enjuto de carnes, pequeño de cuerpo como exprimido y encallejonado, con una levita negra que denunciaba cierto abandono.

Los ojos pequeños, la nariz abultada, los labios sin arte al saludarle cariñosos; su voz era dulcísima, y sus maneras apacibles. En el fondo de su aspecto, se distinguía tristeza profunda, que al mismo tiempo que le conquistaba simpatía, le alejaba de toda confianza.

En el curso de la comida pude notar al hombre fino y caballeroso, de mansedumbre grande y de aspiraciones bondadosas y llenas de cariño. Pero esas prendas estaban como realzadas en un hastío, en una indiferencia por todo, que helaba la sangre.

—Ud. perdonará, me dijo, que me haya tomado la licencia de llamarlo aquí; pero se me ha retardado el trabajo y ya Ud. lo ve, tengo que revisar, comiendo, los periódicos para que no se escape lo del día.

—Si Ud. gusta, yo leeré, para que coma Ud. con más libertad.

—Acepto el favor de Ud.

Tomé el primer periódico que encontré, y entre otras cosas, leí: —*El clérigo apóstata*; iba á pasar adelante,

y me dijo: no, lea Ud., eso es para mí. En efecto, era una tempestad de dieterios contra el redactor en jefe del *Diario*, con alusiones á su vida privada, con pinturas grotescas de su físico. . . . yo tragaba saliva y me detenía. Siga Ud., me decía impasible, y yo sudaba y me quería morir de vergüenza.

Un masón de bonete.—Eso es para mí también; y comía, comía aquel buen señor con inverosímil apatencia.

Yo tenía las lágrimas en los ojos, conocía que iba á entrar en ese martirio, y tal decepción caía sobre la carne viva de mis ilusiones.

Monigote griego. . . . También contra Gondra: aquello era horrible, y horrible porque en muchas ocasiones, fuera de la injuria, había razón. Gondra era un sabio, era un liberal eminente, de ideas luminosas y avanzadas, que la fatalidad, la falta de energía ó lo que se quiera le hacía defender lo que estaba acaso contra su conciencia, entregando á discreción su talento á personas que tenían menos instrucción y valía que él; pero comprendidas en los fueros de la ciencia infusa de los favorecidos de la fortuna y del poder.

Nada más llano para mí que el que pida remuneración un hombre por trabajar en apoyo de ideas acordes con la suya, esencialmente tratándose de política; pero alquilarse, venderse á los intereses contrarios á los dictados de nuestra conciencia, arguye desgracia suma ó perversidad punible.

Decíase que el Sr. Gondra había hecho brillantísi-

chocolate y convidaba de él á un periquito que vagaba sobre el mantel, asaltaba su plato y le pedía sopa, encantándose el prócer con el animalito.

En la tertulia se promovían conversaciones interesantísimas, y como en lo más acalorado de una discusión si se demostraba al Sr. Pedraza que no tenía razón, gritaba: *me apeo de mi burro*; aquel ejemplo se seguía sin que el amor propio atropellase los fueros del juicio y la razón. Tal cualidad del Sr. Pedraza en el grado eminente que él la poseía, no la he conocido en ningún otro de los hombres públicos con quienes he tratado.

Yo acompañaba á caballo constantemente al Sr. Pedraza: el rumbo que seguía con más frecuencia era el de San Cosme, San Antonio de las Huertas, San Juanico, Tacuba ó Azcapotzalco. En esos paseos inolvidables para mí, tuve ocasiones mil de admirar el don especial con que dotó la providencia á aquel hombre en su cualidad de conversador y narrador inimitable.

Frescura, colorido, ternura, gracia, oportunidad, todo bordaba y matizaba sus relaciones, haciéndolas seductoras y deliciosas.

Y á tal punto era este don, que al parecer el Sr. Pedraza ignoraba que en los puntos que tenía costumbre descansar para saludar á sus amigos y fumar un purito delgado á excusas de Pedraza, se reunían curiosos y esperaban á que hablase. Muchas veces no estaba de humor de hacerlo, y el auditorio se dispersaba desconsolado; pero cuando estaba de vena, hombres, chicos y señoritas rodeaban su caballo.

Más de diez veces refirió en mi presencia una anécdota que había leído en un periódico y era poco más ó menos lo siguiente:

Un honrado artesano inglés tenía una hijita, linda como la aurora, que era su encanto, el objeto de sus aspiraciones, premio de sus afanes, su cielo y el alma de su vida. Uno de los oficiales de su taller, disimulado y traidor, se hizo de confianza en la casa y el día menos pensado desapareció con la niña.

El artesano buscó, indagó, sacrificó su fortuna, fatigó los aires con sus quejas, derramó sus lágrimas y estampó sus huellas por todas partes.

Enloquecido de dolor, convertido en mendigo y empujado siempre por su sentimiento de amor y venganza, pedía limosna por calles y plazas, durmiendo al aire libre y en el último extremo de flaqueza y enfermedad.

Cediendo á su esclavitud de vagabundo, penetró una tarde en un corral de maromas, y entre el tumulto de la concurrencia, los vivas, gritos, palmadas y músicas, vió en alto á su hija, provocativa, disoluta, envilecida, desafiando el escarnio, derramando abyección y vileza . . . Abajo, insolente, obsceno, estaba vestido de payaso el raptor.

Ver el viejo el cuadro, apartar la gente, derribar á la mujer y al monstruo y hundir cien veces el puñal en sus cuerpos, hubiera podido verse en un parpadear.

El reo fué conducido ante el jurado y allí habló.

Aquí el Sr. Pedraza, inventaba siempre una defensa